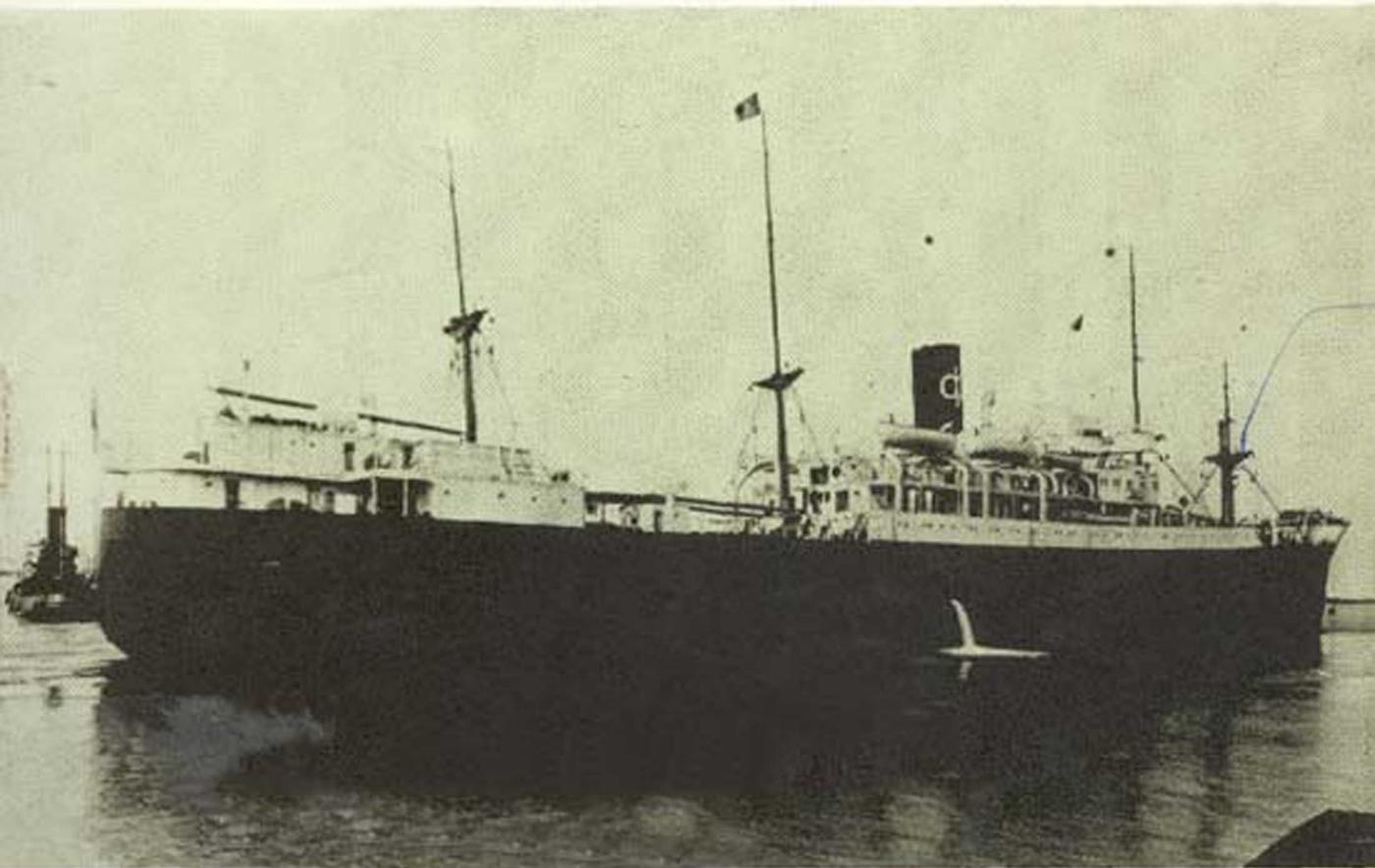


JAIIME FERRER MIR

LOS ESPAÑOLES DEL

WINNIPEG



EL BARCO DE LA

ESPERANZA

EDICIONES CAL SOGAS

Pero es necesario volver atrás en esta historia.

La prensa nacional daba a conocer en sus ediciones del viernes 4 de Agosto el zarpe del "Winnipeg" desde Pauillac. El *Diario Ilustrado*, *Frente Popular*, *La Opinión*, *capitalinos* y *El Pacífico*, de Arica, destacaban el orden en que se efectuó el embarque, la presencia del Cónsul General de Chile en París, Armando Marín, junto a Pablo Neruda, y la rigurosa selección realizada. El primero de los diarios mencionados entregaba la cifra de los embarcados: 1.160 hombres, 540 mujeres y 350 niños. Total: 2.050 inmigrantes.

Al día siguiente, junto a una fotografía del "Winnipeg" que lo muestra de popa alejándose del puerto francés, el semanario *América* incluyó un testimonio de Gervasio Guillot Muñoz en torno al viaje y su significado, bajo el título "El primer embarco de refugiados":

El 4 de Agosto es uno de los días que más honran la solidaridad internacional: la partida desde el puerto de Burdeos del barco "Winnipeg" con más de dos mil refugiados a su bordo rumbo a Chile se ha realizado esta mañana.

Este embarco, profundamente anhelado por nuestros ayudistas de Argentina, Chile y Uruguay, llevado a cabo gracias al derecho de asilo acordado por el gobierno del Frente Popular Chileno y por el esfuerzo de las organizaciones del Río de la Plata y por el S.E.R.E., señala en los anales de la solidaridad internacional con el pueblo español uno de los puntos más altos y enaltecedores.

A pesar de las infinitas dificultades de todo orden que se interponían al embarque, el "Winnipeg" ya navega por el océano rumbo a América. Hemos obtenido con ello un éxito rotundo que será celebrado por todos nuestros comités populares, por nuestras centrales federadas y por las entidades democráticas de Chile, Argentina y Uruguay.

Los trabajos preparatorios y organizativos del embarco estaban prontos desde el domingo 30 del mes pasado. El S.E.R.E. (Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles) y la Legación de Chile habían instalado sus oficinas en la aduana de Trompeloup, pequeño puerto a 50 kilómetros de Burdeos, sobre el estuario de la Gironda.

En los escritorios de la Legación de Chile, junto con los representantes consulares de esta República, señores Pablo Neruda (delega-

do del Gobierno) y señor Farrés, cónsul en Burdeos, trabajó el representante de Argentina y Uruguay en continua colaboración con las nombradas autoridades chilenas y en relación con las oficinas del S.E.R.E.

Las tareas concernientes al embarco presentaban a menudo serias dificultades, pues muchas veces acudían a la aduana de Trompeloup, refugiados que carecían de alguno de los requisitos indispensables para emigrar y era necesario todo un trámite a objeto de investigar la causa de esa situación anormal.

Las más de las veces la falta de piezas reglamentarias se debió al entorpecimiento intencional hecho por los prefectos franceses derechistas que por odio al pueblo español agregaban un último episodio de agravio y persecución contra los refugiados. En cambio, los prefectos electos por votos del Frente Popular facilitaron los trámites del embarco y muchos de ellos exteriorizaron su solidaridad con la causa del pueblo español.

En la nómina de F.O.A.R.E. y del Comité Nacional del Uruguay había sesenta y un refugiados que no figuraban en la lista de embarco confeccionada por el S.E.R.E. La presencia en Trompeloup del representante de los organismos rioplatenses pudo solucionar favorablemente el angustioso problema que se presentaba a esos 61 refugiados, declarando en su favor y poniéndolos en condiciones de "emigrables". De este modo, la delegación del S.E.R.E. y las autoridades consulares de Chile dieron curso al testimonio del secretario de F.O.A.R.E. y autorizaron el embarco del los 61 refugiados a que me refiero.

Debo decir para informar a nuestros ayudistas que las listas por orden alfabético elaboradas por nuestro delegado permanente, en el Comité Internacional de Coordinación, capitán Estrugo, sirvieron de base a la documentación presentada por el secretario de F.O.A.R.E. en la aduana de Trompeloup para el embarco de los 61 refugiados mencionados. De no haberse resuelto favorablemente la situación de estos compañeros, el destino que hubiera cabido a ellos habría sido volver una vez más a los campos de concentración, a enmohecerse detrás de las alambradas de púas y a quedar en un cautiverio sin duda más áspero que antes.

Por eso, cuando el delegado de Argentina y Uruguay anunció que

todos los allá presentes comprendidos en la lista patrocinada por las organizaciones del Río de la Plata podían embarcar, los refugiados (sin alterar el orden perfecto en que estaban alineados) prorrumpieron en vivas a la Argentina y Uruguay, a todos los pueblos hijos de España que no abandonan a la madre patria.

El 30 del mes pasado llegamos a Burdeos para colaborar en las tareas del embarco. Al día siguiente fuimos a la estación St. Louis para instalarnos en Pauillac, pequeño pueblo a 50 kilómetros de Burdeos y a corta distancia del embarcadero de Trompeloup, a cuyos muelles estaba atracado el "Winnipeg".

En cuanto llegamos al andén de la Estación Saint Louis, un grupo de refugiados nos recibe como a viejos amigos. Reconozco de inmediato entre ellos al actor López Silva, a quien conocí en el centro de albergue de Dreux y que me da la bienvenida con la cordialidad y simpatía madrileñas.

Tengo la suerte de hacer el viaje hasta Trompeloup en un tren de refugiados y en compañía de los que he conocido en los diversos campos de Normandía y de la región de Chartrés que visité a raíz de la Conferencia Internacional.

Al llegar al embarcadero, la "garde mobile" da instrucciones para el acceso a las oficinas de la aduana. Todo se realiza con un orden impecable: los españoles republicanos son la gente que conoce y practica el orden auténtico, la disciplina organizativa, es decir, la que es compatible con la dignidad y la honra y que nada tiene que ver con el sargentismo.

Esta primera demostración de orden impresiona a los oficiales de la "garde mobile". En un momento de expansión me dicen éstos que el orden de los republicanos es ejemplar. Y terminan reconociendo que estos refugiados son hombres, son un pueblo.

La llegada de los trenes repletos de españoles que se dirigen al muelle es emocionante. Desde las ventanillas se agitan manos y pañuelos respondiendo a los múltiples saludos de bienvenida de los que aguardan en el dique. Se ven escenas conmovedoras en la escollera de Trompeloup: dos hermanos, que no se habían visto desde la batalla del Ebro y que no tenían noticias uno del otro, se encuentran y se abrazan. Un padre descubre a su mujer y a sus hijos a quienes creía bajo los es-

combros de Madrid. Desde la ventanilla de un vagón, un aragonés escudriña la muchedumbre que se amontona en los muelles en busca de los suyos. Todavía este tren no está autorizado a franquear el cordón por razones de turno. Su esposa y sus dos pequeños se han subido a los peldaños de un guinche y desde allí lo saludan y lo llaman. Tomo estos dos pequeños de la mano y valiéndome de mi condición de delegado extranjero, franqueo el cordón, los conduzco hasta el tren y los levanto en brazos para que el padre los pueda besar. La emoción es tan grande que todos aplauden mientras que el rudo soldado aragonés aprieta los pequeños contra su corazón.

Los trenes repletos de refugiados llegaban periódicamente al embarcadero y eran recibidos con la cordialidad forjada en la guerra de España.

El Office Internacional pour l'Enfance, que vela en forma continua y abnegada por la protección a la infancia, envió un camión conteniendo 350 valijas provistas de ajuar completo para los niños, con el nombre de cada uno de los pequeños en la misma valija. Esta demostración de calor de la ayuda internacional que se realiza a través del Office fue recibida con desbordante júbilo por niños y adultos. La instalación de los pequeños a bordo merece nuestro elogio más rotundo. Los niños disponen de toda una cubierta (el puente superior) amplia y protegida por una baranda adecuada para evitar accidentes. Allí tienen un verdadero jardín de infancia, juegos, deportes, solarium y todo lo concerniente a los "rincones blancos".

No quiero dejar de pasar una nota reveladora de la cordialidad y la simpatía del pueblo francés para con los refugiados. La víspera de la partida del "Winnipeg", estando en el comedor del Hotel Pauillac los cónsules de Chile y el delegado de Argentina y Uruguay, un grupo de marinos franceses se dirigió a nuestra mesa a presentarnos un saludo de camaradería. Los marinos, puño en alto, lanzaron hurras al "Winnipeg", exaltaron la causa del pueblo español y dieron vivas a la República y cantaron en su honor un himno democrático.

Los periódicos nacionales daban cuenta también de la filmación de dos películas relacionadas con los refugiados. Una de ellas —según cable de la United Press fechado en Nueva York—, titulada "Refugiados" y producida

por Irving Lerner, fue rodada en los mismos escenarios de los campos de concentración para denunciar su dramática realidad. La otra, de carácter documental, era un registro pormenorizado del embarque de los emigrantes a bordo del “Winnipeg”. Fuera de estos anuncios noticiosos, nada más se supo de dichas filmaciones.

Desde el momento mismo de la partida del “Winnipeg”, el Comité Chileno de Ayuda a los Refugiados Españoles (C.Ch.A.R.E.), dirigido por el Dr. José M. Calvo, centró sus fuerzas en lograr la mejor recepción de los inmigrantes, captando alojamientos y ocupaciones laborales para los mismos. Con ese objeto, publicó un aviso en la prensa a través del cual solicitaba a los dueños de residenciales de todo el territorio que informaran al Comité de calle Manuel Rodríguez 85 sobre la cantidad de personas que estaban en condiciones de atender, indicando el costo mensual total, con cama incluida. Además, el C.Ch.A.R.E. resolvió editar un periódico semanal, denominado **América**, para mantener informado al público interesado en saber de los inmigrantes. La publicación estuvo dirigida por el escritor Alberto Chiraldo y en sus páginas colaboraron prestigiosas figuras nacionales y extranjeras.

A contar del momento en que los emigrantes abordaron el “Winnipeg”, para cada uno se inició una nueva vida totalmente distinta a la que habían llevado, especialmente durante los últimos seis meses en Francia. La vida en el barco se caracterizó por su organización. No podía ser de otro modo, considerando la cantidad de personas que durante treinta días deberían compartir el reducido espacio de esa verdadera ciudad en que se transformó el viejo vapor.

Juan Vélez conserva grabados en su memoria de muchacho de diecinueve años las vivencias del viaje, a partir del instante en que cruzó la pasarela del “Winnipeg”:

Aún me estremezco al recordar los pitazos que lanzaba a la noche el “Winnipeg”, cuando lentamente desatraca del muelle de Trompe-loup. Afirmado a la barandilla de cubierta, vi a muchos refugiados que se quedaban allí, porque no habían podido embarcar. Para unos, el partir era la libertad absoluta y el reencuentro con la vida; para otros, era dejar la mitad de su vida en una parte e irse a solas con la otra mitad.

Yo llegué al muelle a las seis o siete de la mañana y a las once me

encontraba ya en cubierta. Estaba solo, observando cada detalle, y no conocía a nadie de los tantos que me rodeaban ese día de un agradable sol de otoño. Después encontré a unos amigos con los que estuve en Agde.

Antes del zarpe repartieron las literas. Daban órdenes por altavoces en francés y castellano. Mi litera quedaba en una de las bodegas inferiores. Había tres corridas de literas en altura para unas cincuenta personas. Cada litera tenía una frazada y una colchoneta de paja. Como el lugar carecía de ventilación, habían instalado un par de ventiladores. Los cincuenta hombres compartíamos un excusado que habían improvisado. Mediante sorteo, me tocó la segunda litera, pero la cambié voluntariamente por la de más arriba para dejarle la otra a un hombre mayor. Por altavoces nos indicaron dónde funcionaba la enfermería —que venía a cargo de la hija del Presidente del Partido Comunista francés— y los turnos para ocupar el comedor. La tripulación era toda francesa y de trato muy agradable.

Ninguno de nosotros dejó de ofrecerse para colaborar en diferentes actividades: en la cocina, pelando patatas, limpiando la cubierta, etc. Sobraban voluntarios. Todos también respetábamos nuestros turnos para recibir la alimentación. Desayuno a las ocho, almuerzo a las doce y media y cena a las seis de la tarde. La comida no era muy buena, pero sí muy superior a la del campo de concentración. Daban garbanzos, lentejas, porotos; alguna vez hubo tortilla. Si tenías dinero, podías tomarte una cerveza o un licorcito en el pequeño bar que funcionaba en cubierta.

A ciertas horas del día se escuchaba música por los altavoces, aunque no era muy variada. "Valencia" era una de las que tocaban frecuentemente, además de un tango y, por supuesto, "La Marsellesa".

En el viaje conversábamos mucho entre nosotros: fútbol, política y especialmente de nuestras historias personales. A menudo las conversaciones finalizaban preguntándonos qué iría a ser de nosotros en Chile.

Junto a una de las escaleras que conducían a las bodegas, había un gran mapa de Chile. Me interesé por ubicar algunos puntos geográficos para ir ambientándome. Unos cuantos nombres se me grabaron inmediatamente, como el de Putaendo. ¡Qué curioso me parecía ese nombre!



"Ninguno de nosotros dejó de ofrecerse para colaborar en diferentes actividades".
(Foto tomada a bordo por José María Gancedo Ibeas)

La primera noche en el barco guarda para Pilar Lage un recuerdo de risa, de alborozo general, de esa risa que sus ojos y labios habían olvidado por tanto tiempo:

Me tocó en una litera cerca de una amiga mía y en la primera noche, cuando estábamos acostadas, ella me dijo algo que nos contagió a todas las que allí dormíamos:

— ¡Pili, y yo que sólo había visto los barcos en el cine!

Mi marido y yo estábamos en sectores diferentes, porque habían separado a hombres y mujeres. La única oportunidad de encontrarnos para estar juntos era en cubierta y, a decir verdad, allí nos la pasábamos. A veces alternábamos con miembros de la tripulación, porque yo domino el francés.

Otras parejas más fogosas por la juventud o por el largo tiempo de separación vivido, se dieron cuenta de que los botes salvavidas, cubiertos por una lona impermeable, eran un lugar adecuado como para sostener un coloquio más íntimo y aquí también estuvo presente la organización: mientras

la pareja gozaba un momento placentero, una discreta guardia de amigos les garantizaba la privacidad necesaria.



Pilar Lage Bobadilla conversa con uno de los oficiales de la tripulación a bordo del "Winnipeg" (Foto tomada por José María Gancedo Ibeas)

Los alrededor de trescientos cincuenta niños que formaban parte del contingente de emigrantes, requerían de cuidados; por ello, la colaboración de las jóvenes, principalmente, no se dejó esperar. Roser Bru:

Con mi hermana Montserrat y otras muchachas permanecíamos largas horas en un lugar reservado para los más pequeños, porque nos dedicábamos a organizar actividades de cantos y juegos con ellos. Así los manteníamos entretenidos durante el viaje. Yo enseñé a dibujar y también plasmé algunas escenas del barco, dibujos que lamentablemente he perdido.

En ocasiones descansábamos un rato en cubierta, admirando la inmensidad del mar. Mi mamá había comprado unas sillas de playa en Burdeos, pensando que nos serían útiles en el viaje. En ellas nos sentábamos a tomar el sol, hasta que un día desaparecieron y no las volvimos a ver.

¿Qué ocurrió con esas sillas de playa? Salvador Morera, recordando aspectos de su travesía, entrega la respuesta:

A las literas había que subirse como gato, porque eran como cinco o seis, una encima de otra. Un día, al levantarnos para ir al desayuno, vimos que uno de los de arriba no se movía. Lo dejamos dormir, pensando que estaría muy cansado, pero al mediodía nos dimos cuenta de que estaba muerto. Lo sacamos y fue sepultado en el mar.

Hubo conferencias a bordo que fueron dictadas por José Gómez de la Serna, hermano del escritor de las greguerías, y por el chileno Manuel del Villar. Gómez de la Serna, en medio de la soledad de la noche, dio una conferencia sobre las estrellas. Habló de la Osa Mayor y de la Osa Menor y no sé de qué otras cosas más. Recuerdo que fue una charla muy chistosa. Del Villar dictó otra sobre Chile, dando a conocer aspectos negativos: que los mineros dormían en "camas calientes" y que trabajaban en pésimas condiciones. El era Secretario General de las Juventudes Comunistas de Chile, pero después de un tiempo se retiró y llegó a ser un alto funcionario del diario El Mercurio. Con él me vi muchas veces en Santiago.

En cubierta siempre había unas personas, mejor vestidas que nosotros, que se sentaban en unas hamacas a tomar el aire y el sol. Se molestaban porque constantemente un grupo de jóvenes íbamos de allá para acá. Nos llamaron la atención y eso nos enojó, así que esperamos que se fueran, tomamos las hamacas y las lanzamos al mar. ¡Aquello parecía un verdadero naufragio con esas cosas flotando en el agua! Fue una travesura de juventud.

No deja de ser curioso que después de cincuenta años se descubra quién fue la víctima y quién el hechor.

Otra incógnita se despejó a bordo del "Winnipeg". Juana Val Orán sólo pudo respirar tranquila de verse buscada con su amiga, por los gendarmes franceses, cuando el barco levó anclas:

En el barco encontré a una familia que había estado refugiada en el mismo pueblo que yo, en Village Les Domnes. Me contaron que a los pocos días de que mi amiga con su guagua y yo nos fugamos del pueblo, llegó la autorización escrita que nos permitía viajar a Burdeos. Nos per-

dimos una despedida que organizaron en el pueblo en honor a los que partían a América.

En el barco, las mujeres y los niños estábamos en un sector de literas y los hombres en otro. ¡Qué iba a imaginar yo que a bordo también viajaba el hombre con quien me casaría luego, después de algunos años, en Chile!

A las horas nos llamaban a comer y, por supuesto, había que respetar el turno de cada uno, pues éramos tantos. Varias mujeres se marearon durante los primeros días del viaje, pero entre todas nos ayudábamos. La travesía no fue desagradable, salvo por lo apretados que veníamos.

Recuerdo que nos cruzamos con un barco alemán que pasó bastante cerca. Faltaban pocos días para que estallara la Segunda Guerra Mundial.



La alegría de los tripulantes contrasta con la preocupación reflejada en el rostro de uno de los refugiados. (Foto tomada a bordo por José María Gancedo Ibeas)

Con la visión que le proporcionaron sus treinta y dos años, Ramón Pen-dás entrega sus imágenes:

A bordo del "Winnipeg" no faltaron las discusiones políticas entre nosotros, y más de un puñetazo hubo por este motivo. Durante el viaje supimos del pacto germano-soviético y eso sirvió para avivar las dis-putas. Los comunistas no sabían qué decir ante el extraño acuerdo entre los rusos y Hitler.

Los comedores funcionaban en una de las bodegas. Yo no me había mareado durante el trayecto, pero un día nos tocó mar brava justo cuando estaba almorzando en el último turno. Comencé a sentirme tan mareado, que no alcancé a terminar de comer y tuve que salir a cubierta a tomar aire, porque de otro modo habría "cambiado la peseta" ahí mismo.

Las comodidades no eran muchas a bordo; sin embargo, para los que veníamos de Saint Cyprien, la comida nos resultó magnífica y dormíamos estupendamente sobre la colchoneta de la litera.

Las imágenes de la travesía son para José Balmes más sensitivas. Tenía doce años:

*Nunca olvidaré el olor del barco, mezcla de pescado podrido y vómito. Los camarotes parecían unos nichos de madera. Yo estaba solo con mi madre, pues a mi padre lo enviaron a otro sector. Todas las mañanas aparecían los marineros echando agua con mangueras para limpiar la cubierta y los dormitorios. Nosotros nos lavábamos en unas palanganas. Desde un principio me llamó la atención la presencia de un cojo en el barco e hice varios dibujos de él, así como de otras personas. Al despertar, lo primero que oíamos por los altavoces era una canción de la guerra española: **El pueblo que crece y labora...** Esa canción me tenía loco.*

Entre otras acciones organizativas, los emigrantes del "Winnipeg" crearon una publicación que permanecía expuesta con las noticias de interés y disposiciones varias. Fue aprovechada también para dar a conocer aspectos de Chile: su historia, su geografía y algo sobre ese hombre que ya era querido por todos: Pedro Aguirre Cerda.